

Jane Fishburne Collier. *Del deber al deseo. Recreando familias en un pueblo andaluz*. México D. F., Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social; Universidad Autónoma Metropolitana; Universidad Iberoamericana, 2009, 508 pp., ISBN: 978-607-486-030-6.

JUAN DE DIOS LÓPEZ LÓPEZ

Dentro de la colección *Clásicos y Contemporáneos de la Antropología*, diversas instituciones mexicanas han puesto a disposición de los lectores en castellano esta obra de Jane Fishburne Collier, publicada originalmente en inglés, cuyo principal tema es la evaluación (inter)subjetiva de los procesos de estratificación social. El libro íntegro puede descargarse, de manera gratuita y en formato electrónico, directamente desde la página web del *Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social* (CIESAS).

Se trata de una monografía etnográfica fruto de dos periodos de trabajo de campo en *Los Olivos* (nombre ficticio de un pueblo de la Sierra de Aracena, Huelva): uno entre 1963 y 1964 y el otro 20 años después, entre 1983 y 1984. La autora analiza los cambios culturales producidos durante ese intervalo como, por ejemplo, la reducción de los periodos de noviazgo y luto, y cómo los habitantes de Los Olivos explican dichos cambios aduciendo que mientras en los sesenta se atenían a las convenciones sociales, evitando el “qué dirán”, en los ochenta pensaban por sí mismos y actuaban en consecuencia, por lo que rechazaban los largos periodos de luto y noviazgo como “tonterías del pueblo”. Como la autora subraya, para explicar estos cambios resultaría insuficiente (y erróneo) considerar que los primeros tenían una “mentalidad tradicional”, mientras que los segundos, los modernos, habrían adquirido unas cotas de racionalidad más altas. En consecuencia, la antropóloga se propone aplicar el mismo tipo de análisis a ambos modos de justificar las acciones sociales, emprendiendo un análisis de la subjetividad moderna. A través de los distintos capítulos, la autora nos muestra que ni las personas “tradicionales” de los sesenta estaban tan constreñidas por las convenciones sociales como manifestaban, ni tampoco los “modernos” de los ochenta actuaban únicamente según su capacidad de pensar por sí mismos frente a las convenciones.

En lo que sigue quisiera centrarme en tres aspectos de la obra que la hacen, a mi juicio, especialmente valiosa: en primer lugar, su claridad expositiva; en

segundo lugar, la riqueza de sus fuentes empíricas y su profundidad analítica; y, por último, el ejercicio de reflexividad que la autora realiza a lo largo del libro.

Un valor –y no menor– de esta obra es la claridad con la que está escrito. La autora muestra las complejas relaciones entre distintos ámbitos de la vida social de Los Olivos, como las conexiones existentes entre las prácticas matrimoniales o las pautas de crianza de los hijos y los cambios en la estructura social y los procesos productivos, sin perder en ningún momento la claridad analítica y expositiva. La autora se centra sucesivamente en la transformación del modo en que se evalúan las desigualdades sociales, las prácticas de noviazgo, los cambios en el sistema matrimonial y en las modos de crianza de los hijos, la observancia del luto y la emergencia de una identidad andaluza en Los Olivos en el contexto de la transición democrática y la formación del estado de las autonomías. Y lo hace desde una perspectiva holística, es decir, sin descuidar la relación que tienen todos estos ámbitos de la vida social entre sí.

Otro aspecto destacable es la riqueza de sus fuentes etnográficas y de sus pruebas empíricas. Además de los materiales producidos por la propia autora durante los dos periodos de trabajo de campo fundamentales sobre los que se basa la obra (y durante otras visitas menores que la autora y su marido hicieron a la Sierra de Aracena y a las ciudades a las que algunos vecinos de Los Olivos habían emigrado en la década de los ochenta), Jane F. Collier hace uso de las notas y los materiales de campo de otros colegas estadounidenses que trabajaron en la misma zona en distintas épocas. Este uso de los materiales producidos por otros investigadores, con los que en ocasiones coincidió en el campo, me parece particularmente relevante para desmontar tanto la imagen romántica y estereotípica de la etnografía como una actividad solitaria, como la convicción generalizada de que los materiales de campo de cada investigador deberían ser tratados como “propiedad exclusiva”. Pero sus fuentes no se limitan a tales materiales de campo, sino que también utiliza los trabajos históricos y demográficos de George Collier, cartas que se cruzó con gente de Los Olivos entre los dos periodos de trabajo de campo e, incluso programas de televisión, revistas de moda o el análisis de obras literarias. En efecto, paralelamente al estudio de las dinámicas culturales que estudia en Los Olivos, la autora realiza un estudio sociológico de Doña Perfecta (1876), la obra de Benito Pérez Galdós, comparando el carácter de los personajes de la novela con las transformaciones que observa en el pueblo. Los personajes de Doña Perfecta y Pepe Rey le servirán a Collier para ejemplificar las subjetividades tradicional y moderna que pretende deconstruir.

La autora hace explícitas en diversas ocasiones sus esfuerzos por conseguir “distancia cultural”, “extrañamiento”, ante las prácticas sociales de los jóvenes de los ochenta, con las que ella misma se identificaba. Si bien no podría calificarse este trabajo de Collier como antropología “*at home*” (una académica estadounidense en un pueblo agrícola de la Sierra de Aracena), su identificación cultural con

algunas de las prácticas de los sujetos estudiados –y con las justificaciones culturales que aducían para explicar su comportamiento– reduce la distancia que, a priori, podría suponerse entre el contexto de origen de la antropóloga y el lugar de su trabajo de campo. En este sentido, este análisis de la subjetividad entre la población de Los Olivos es también un auto-análisis, un ejercicio reflexivo tan caro a la antropología feminista, en la medida en que ella se identificaba con quienes decían actuar según sus deseos y no hacer simplemente lo que debían. Rosalva Aída Hernández y Liliana Suárez subrayan este aspecto en el prólogo del libro: “se trata de una propuesta teórica para repensar las subjetividades modernas y aprender a ‘extrañarnos’ o a desnaturalizar nuestras concepciones liberales de la persona y la libertad” (p. 18). Al estudiar la forma en que las personas de Los Olivos, durante los ochenta, se producían a sí mismas como sujetos liberados de las constricciones de la “tradición” y que habían alcanzado la posibilidad de actuar según sus deseos, Collier expresa los esfuerzos que ella también realiza en el mismo sentido: “Por ser alguien que supuestamente hacía lo que quería, sentía una presión constante para producirme a mí misma como el tipo de persona que deseaba hacer lo que en efecto hacía” (p. 245).

Una de las principales enseñanzas que, a mi juicio, puede extraerse de este estudio de lo que algunos de sus informantes calificaban como “tonterías del pueblo” es que nos muestra que el discurso contemporáneo sobre la meritocracia, como justo mecanismo de producción de desigualdades, no deja de ser nuestra propia “tontería del pueblo”.